cerró los ojos, y su pecho se levantó con el estertor de la muerte.

Inés se precipitó hácia el lecho, y la rodeó con sus brazos.

—¡Os dejo felices!.... murmuró, aún dominada por su idea fija: ¡dí á Miguel!... cuando vuelva, que le bendije como á mi hijo!.. ¡y... adios!.....

Luego fijó los ojos en el cielo, y murmuró con voz ya imperceptible una oracion: poco á poco su semblante se fué serenando y se puso radiante de una suave alegría.

El Rector, Inés, Juan el licenciado, y el anciano jardinero, se arrodillaron y rezaron con fervor.

De repente se incorporó Margarita con el cabello suelto, pálida, desesperada: levantóse y se arrojó sobre el lecho; abrazó frenética el cuerpo de su abuela y gritó:

—¡Madre, no te vayas!.. ¡no me dejes... que me quedo sola en el mundo!.... ¡sola.. sola!....

Sonrióse la anciana dulcemente, y de su pecho se escapó un leve suspiro entre las últimas palabras de la oracion.

La buena Cecilia, que ya columbraba el cielo, no habia podido ver, en los últimos momentos de su vida, los dolores de la tierra.

Aquel postrer suspiro pasó rozando la pálida frente de Margarita.

Esta abrió los ojos espantada: dió un grito, y quedó presa de un terrible parasismo nervioso.

XXI

La vuelta del soldado.

Margarita sufrió una larga y penosa enfermedad: cuando dejó el lecho, parecía haber vivido veinte años.

Al dia siguiente de la muerte de la anciana Cecilia, se abrió su testamento, hecho desde hacia algun tiempo.

Dejaba en él la mitad de sus posesiones á Margarita, y la otra mitad á Inés: conocíase que la division habia sido hecha con la más escrupulosa igualdad, y que todas las fincas habian sido tasadas por peritos imparciales.

Encontróse bastante dinero, á pesar de la comodidad y abundancia con que la buena anciana habia sostenido su casa y su familia: de este dinero, la mitad estaba destinada en el testamento para los pobres de la aldea: la otra mitad debian partírsela sus dos hijas.

Todo fué dividido en partes iguales, segun la voluntad de la testadora: las aves del corral, las caballerías de labor y hasta las provisiones de casa, por si Margarita queria separarse algun dia de Inés y de su marido.

Inés rogó al Rector que esperase hasta que Margarita, más tranquila, pudiese intervenir en el arreglo de los negocios de la casa.

Entretanto, compartió todo su tiempo entre el cuidado de la enferma y el de Antonio, á quien ya miraba como á su padre desde hacia mucho tiempo.

Siempre es dulce la vida cuando no hay en el corazon sentimientos culpables, y cuando el pensamiento es puro. Inés, á pesar de haber perdido á su abuela, á pesar de estar llorando largas horas por la muerte de su madre y bienhechora, no sentia amargura: ¡amaba y era amada! ¡Miguel iba á volver!

Dios, que en medio de los mayores infortunios conserva la esperanza como una blanca y aromada flor en el alma de los buenos, habia dejado en la purísima de Inés la más hermosa de todas; la del amor correspondido.

Diez meses despues de la muerte de su abuela, y un dia de fiesta, cuya tarde habia pasado Inés acompañando á Margarita, aun no restablecida de su enfermedad, ésta la tomó por la mano al tiempo que iba á salir, y le dijo:

—Inés, mañana parto de aquí: he esperado á estar algo mejor, y me voy al castillo.

—¡Cómo! exclamó Inés consternada: ¿me dejas?

—¡Sí, repuso la viuda: necesito estar sola: tú tienes que hacer preparativos para tu boda,

que, te lo confieso, me lastimarian muchísimo!

—¿Por qué? preguntó asombrada Inés.

—Porque me recordarian un tiempo mejor: voy á vivir en medio de la opulencia que tanto soñé: pero ¡ay! que la cólera divina ha hecho brotar en medio de ella las sombras irritadas de mi padre, de mi abuela y del hombre á quien amé. ¡Ha sido preciso que me comprara el fausto la muerte de lo que me era más caro sobre la tierra!

—¿Por qué no quieres vivir á mi lado? preguntó Inés tomando cariñosamente la mano de la viuda. ¡Miguel y yo seremos dos hermanos para tí!

—¡Lo sé! contestó Margarita con una sonrisa amarga.

—Entonces, ¿por qué nos dejas?

—¡Debo hacerlo así!

—¡No, no! ¡Tu deber es no abandonar la casa en que has nacido: en que han vivido y muerto tus padres! ¿Qué vas á hacer sola?

—Lo ignoro; pero créeme, Inés: los casados necesitan su casa; cualesquiera personas que no sean sus hijos, les incomodan.

—Nos ofendes á Miguel y á mí, pensando de ese modo: dijo Inés con sentimiento.

—¡Calla! interrumpió Margarita: tu alma inocente está aun velada por una santa ignorancia! ¡Tu puro corazon no conoce el abismo del

mio! ¿Qué sabes tú de las pasiones de la vida? ¡En nuestro valle hay lirios azotados por el vendabal, y otros que crecen acariciados por la brisa! ¡Esa es la imágen de nuestra existencia! ¡Yo soy un pobre lirio, que ya no tiene galas ni perfume, y que en la agonía ve devorada la savia de su lánguido tallo por un negro gusano!... ¡Hermana, porque siempre lo serás para mí, hermana mia, créeme... es preciso que nos separemos!

Margarita dijo estas palabras con un acento tan firme, y sus facciones marchitas expresaban una resolucion tan inmutable, que Inés no se atrevió á insistir.

Contentóse solo con decirle:

—Entonces, cuando quieras, acabaremos de arreglar los negocios de la casa.

—Todo está arreglado ya, respondió Margarita.

—No lo creas: hay aún muchas cosas que te pertenecen, y de las cuales aún no te has hecho cargo.

—Son todas para tí: yo te las cedo, y quiero que sean mi regalo de boda.

—Pero, Margarita...

—¡Bah! ¿Para qué quiero yo las mulas de labor, las vacas, las aves del corral, las modestas ropas de lino de mi pobre abuela? ¿No voy á ser una gran señora? repuso la viuda con desgarradora sonrisa: y dando un golpecito en la

espalda de Inés, añadió: ¡consérvalo tú, feliz labriega!

.....

Al amanecer del dia siguiente, Margarita marchó al castillo acompañada de una jóven aldeana que llevaba para su servicio, y de Inés, que quiso dejarla instalada en él.

Cuando la jóven viuda entró en el aposento donde se habia despedido de Enrique, la sobrecogió un desmayo mortal.

Inés permaneció con ella todo el dia.

A la caida de la tarde, estaban ambas sentadas junto á la ventana del aposento que Margarita habia elegido para sí, y que caia al valle.

Descubríase desde allí una parte de la alquería, su blanca chimenea, y los altos y copudos álamos que la rodeaban.

De pronto, y cuando las campanas de la iglesia tocaban el *Angelus*, se oyeron gritos de alegría en el fondo del valle.

Inés se asomó á la ventana, conmovida y palpitante: sabia que de un instante á otro debia llegar su novio, aunque éste no habia fijado dia en su última carta para dejar á su padre y á Inés el placer de la sorpresa.

No bien se inclinó la jóven hácia el valle, llegó á sus oidos, en alas de la brisa, el nombre de *Miguel*.

Trémula, desalada y sin despedirse de Margarita, bajó la escalera y se precipitó al valle,

hallándose en los brazos de su novio, que la estrechó en ellos con pasion.

—No he querido que llegase al castillo, dijo Antonio á la jóven: esa mujer me causa horror: la desgracia la acompaña siempre.

Miguel se desprendió de los brazos de su novia: sacó de su pecho una bolsita de raso verde y dejó ver en el fondo una rama de sándalo, la misma que Inés le habia enviado como prenda de sus desposorios.

¡Cosa rara! La planta estaba verde y aromática, como diez meses antes, en la noche que Inés la cortó á la luz de la luna.

Antonio, lleno de orgullo, y con los ojos bañados en lágrimas de alegría, dió una mano á Inés y otra á Miguel: los aldeanos los rodearon aclamando á los novios, y entre canciones y vítores, tomaron el camino, por el valle abajo, hácia la alquería de los álamos.

Aquellos alegres ecos llegaron á los oidos de Margarita, que permanecia apoyada en su ventana solitaria, y resonaron dolorosamente en su corazon.

XXII

Conclusion.

Quince dias despues de la llegada de Miguel, el señor Rector bendijo en la parroquia el casamiento de aquél con Inés.

Esta dejó en el mismo dia el luto, por complacer á su esposo y á su padre, quienes le hicieron ver que lo llevaba hacia cuatro años, y que ya era demasiado.

Su traje, elegido y regalado por su suegro, era precioso, y jamás una labradora jóven ha encerrado su lindo talle en corsé más primoroso, ni sus piececillos en zapatos de raso más graciosos. Miguel la habia traido de Barcelona un rico aderezo de piedras finas.

Oculta en una de las capillas de la iglesia, asistió á la ceremonia una figura enlutada y misteriosa, á la cual se hubiera podido tomar por una estátua, á no ser por los sollozos que de vez en cuando levantaban su pecho.

Se convino en que Antonio viviria en la alquería de los álamos, con sus hijos, de los cuales no se volveria á separar.